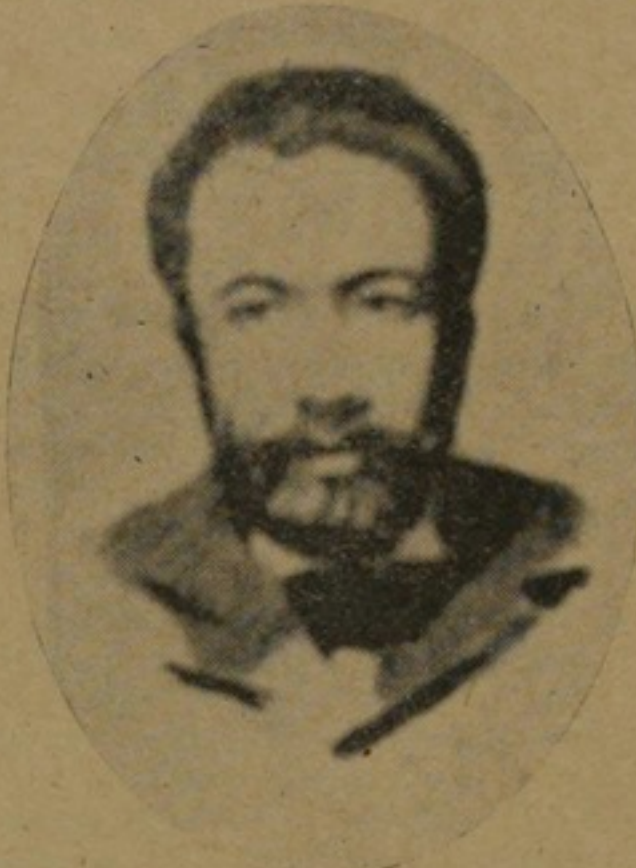


Rubén Darío

El refugio en París, la vida íntima

(Capítulo del libro *Rubén Darío, su Vida y su Obra*, que acaba de aparecer).



Rubén Darío, a los 29 años

(Dibujo de Schiaffino)

Antes de terminar un año en situación tan extraña, «para no tener que hacer las de cierto ministro turco a quien los acreedores sitiaban en su casa de la villa y corte»⁽¹⁾ nuestro poeta diplomático lo abandonó todo: Legación, casa particular, muebles, hasta el excelente retrato suyo pintado por Téllez, y, con lo encapillado, escapó solo a París. La primera visita que hizo fué a mi departamento de la rue Le Verrier. Sabía bien que yo, no solamente le admiraba, sino que también le respetaba y le quería, y él, como el pobre Verlaine, sentía la necesidad de que le estimaran. Como no me encontrara, me mandó buscar al día siguiente con cierto vejete mallorquí, director de un pequeño periódico que vivía de *oportunidades*. ¡Qué extraño cuadro se ofreció a mi vista al penetrar en el cuarto donde se hospedaba, en un hotel cercano de la plaza de la República! El poeta, en fantástico traje interior, pijama cereza a grandes flores blancas, desastrosamente ebrio, se erguía, vaso en mano, entre dos abuelos melencólicos, hundidos en sendas butacas y como apoyados en sus barbas semíticas. Habríasele creído un Mesías nipón, en el templo, ante los doctores de la ley. Sólo que aquellos era un viejo periodista español que había corrido por América y un maestro de escuela francés que hacía traducciones del castellano a precios usurarios. No pudiendo entenderme con mi excelente amigo, que desvariaba, yo me escabullí. Este gran poeta, que huía de las gentes hasta cerrar su puerta a sus admiradores sinceros, se dejaba rodear fácilmente por los escritoruelos o por los parásitos de las letras, que lo explotaban literaria o materialmente. Igual cosa había hecho en Madrid, al llegar de la Argentina, y Valle Inclán me contó que una noche él lo había librado de que lo despojaran de una buena cantidad que llevaba en el bolsillo.

Pocos días después, Darío viene a verme, algo sombrío. Había sido víctima esta vez de sus equívocos familiares: cierta cantidad (6.000 francos, creo) que un amigo mejicano, con quien viniera de Madrid le había regalado, había desaparecido de su billetera. El pobre poeta no me dijo nada. (Yo supe la historia mucho después, y entonces recordé que aquel vejete mallorquí se quedaba con la vuelta al ejecutar los encargos que Darío le hacía). Deseaba habitar cerca de mi casa, y venía a buscar un departamento alrededor de la avenida del Observatorio, este delicioso rincón de Versailles, incrustado en pleno París. Pronto encontramos uno excelente, en unos bajos de la rue Helder, número 4, y, contentos del hallazgo, cenamos aquella noche en el Café de la Paix, rumboamente.

¡Cuál no fué, pues, mi sorpresa cuando al día siguiente Darío me dijo que no contaba más que con mil francos para instalarse! Nos lanzamos al boulevard Sebastopol, y allí conseguimos adquirir los muebles indispensables, sin omitir un saloncito *laqué blanc*. Como Francisca Sánchez llegara entonces de España con su hijito y su hermana, nuestro poeta

se instaló tan bien que mal sin dilación.

Desde entonces (abril de 1919) nos vimos continuamente hasta que yo partí de viaje a mi país, en agosto de 1911. Por las tardes o por las noches, después de la cotidiana labor, iba yo a visitarlo y pasábamos horas charlando de la actualidad literaria, de nuestros propios trabajos, de América: de su literatura y, sobre todo, de su política continental. Delicado de salud, profundamente neurasténico, nuestro poeta hacía estricta vida de interior, pasando meses sin salir, en tanto que amargado, nervioso por tanta tribulación, se mostraba a veces intransigente en sus opiniones y caprichoso como un niño. Tornado fanático de la corrección, bastábale un rima que le sonara falsa o una palabra que le pareciera incorrecta para condenar una obra sin apelación. Una vez que le mostré unas cuartillas, me dijo que las palabras *blondo* y *fabla* (en el sentido de *fábula*) no eran castellanas, y, como yo tomé el Diccionario y empecé a leer los artículos correspondientes, dejó lá habitación para no oírme. De otra parte, atormentado por sus continuos temores del más allá, hacía ostentación de una religiosidad exaltada y algo exterior. Mientras hablábamos, solía fijar los ojos en un crucifijo, regalo de Nervo, que tenía a la cabecera de la cama, y cuando yo, que atravesaba una fugaz crisis de escepticismo, sonreía de sus exaltaciones, exclamaba mirándome severamente: «¡Las aristocracias son siempre religiosas!» Empero, algunos días estaba sereno y de buen humor. Ironizaba finamente a propósito de ciertos personajes que se picaban de literatura, y, revelando al fauno que en él había, hablaba de cosas galantes mas nunca groseras, sonriendo o riendo sin ruido, según su costumbre.

Acompañado por Ricardo Rojas, que andaba por Europa, nuestro poeta estuvo

aquel verano en la costa de Bretaña, en la *villa* de «un conde ocultista y endemoniado, que tenía la cara de Mefistófeles»⁽¹⁾: el conde Austin de Crose. (Hé conocido después a de Crose, y puedo decir que conserva recuerdos muy finos de Darío). Visitó entonces con su huésped al poeta Saint Paul-Roux, que moraba cerca, en la mansión de Boultroum, mas al volver a París, reanudó su existencia de reclusión y recogimiento. En tan singular existencia, trabajaba continuamente: escribía sus artículos con gran cuidado, sin apresurarse, hacía a veces versos, y leía sin reposo, leía libros, revistas, periódicos, castellanos y extranjeros, que lo tenían siempre al corriente de la actualidad literaria mundial. Estaba lejos, sin embargo, de ser un bibliófilo. No conservaba los libros, ni siquiera los de él mismo, como no guardaba los recortes de todo lo que publicaba. Cuando partió de la Argentina, en 1898, no llevaba un ejemplar de *Los Raros* ni de *Prosas Profanas*, que acababan de aparecer, y, cuando formó esta colección, no pudo incluir ciertos poemas, como *El clavicordio de la Abuela* y *Tutecotzimí*, que debían haber entrado en ella, porque no los conservaba. Un ejemplar de *Abrojos* que yo le di, cediendo a sus instancias, lo entregó a Andrés González Blanco para componer sus *Páginas Escogidas*, y, naturalmente no pudo recuperarlo. Este gran poeta no era un escritor que se complace en rodearse de los elementos de su labor, era un periodista que se documenta al pasar y sigue su camino, libre de bagaje literario. Las veces que abandonó su departamento con sus muebles, en cambio del arriendo que debía, ni pensó siquiera en sacar sus libros.

Ciertos días, en que estaba tranquilo, me mostraba sus poemas nuevos y aun sus artículos. Una noche que lo encontré recogido, me leyó en cama, vibrante aún del placer de la creación, su *Canto a la Argentina* cuyo último verso acababa de escribir. «Imitarán esto también», me dijo algo azorado. «Sin duda», le contesté riendo, y no me equivocaba. Comunmente, hablaba poco y se expresaba con cierta dificultad, en frases rápidas, imprecisas, que acentuaba de oportunos «cara...» con la *j* aspirada de los centroamericanos y que animaba con la expresión de la boca y de los ojos. Una vez que charlábamos acerca de los viejos maestros españoles, como yo, en la intransigencia de la juventud, hablaba despectivamente de uno, me replicó en tono respetuoso, bien que con ambigua sonrisa: «No, ese tenía su cosa». Y como criticaba a otro menos famoso: «No, ese tenía también su cosa». Y como censuraba a otro inferior: «También tenía su cosa». Y de allí no salió. Pero cuando cedía a la tentación del demonio del alcohol, su palabra se hacía fácil y hasta elocuente. Como transformado, me refería entonces numerosas anécdotas de su infancia y de su juventud errante, que recogería luego en su autobiografía, evocando particularmente los días de lucha y de ilusión que vi-

(1) De la vida de Rubén Darío, contada por él mismo, pág. 272.

(1) De la vida de... p. 249.